

LA NAVIDAD EN LA HISTORIA DE ANTIOQUIA

Christmas in Antioquia

Por: Pbro. Diego Alberto Uribe Castrillón⁷⁰

Resumen: Este artículo trata de los orígenes de la celebración de la Navidad en el Imperio Romano de Oriente y en la Edad Media. La Navidad empezó a celebrarse desde los primeros años de la conquista y colonización de Antioquia. Desde entonces el pesebre aparece en nuestras navidades. Desde la Colonia se conoce la Novena de Navidad y desde comienzos del siglo XIX, con la llegada de los padres franciscanos, se introducen en ella los Gozos. En 1899, la Madre María Ignacia Samper estuvo en Antioquia. Ella recopiló las versiones de la Novena y le dio su redacción definitiva. Tomás Carrasquilla en varias de sus obras describe las festividades navideñas detalladamente.

Palabras clave: Navidad, descubrimiento, colonización, Novena de Navidad, pesebre.

Abstract: The article deals with the origins of the Christmas celebrations in the late East Roman Empire and during the middle Ages. Christmas was celebrated in our territory since the initial years of its conquest and colonization, and the crèche appears very early in Antioquia. The Christmas preparatory Novena was prayed in colonial times. Following the Franciscans friars establishment in Antioquia at the beginning of the 19th century, the singing of the *gozos (joys)* was added to the Novena, finally recorded and properly written by Mother María Ignacia Samper, who lived in Medellín in 1899. In Tomás Carrasquilla novels we find lively and detail description of our traditional Christmas feast.

Key words: Christmas, discovery, colonization, Nativity Novena, crèche.

70. Presbítero, doctor en Sagrada Teología y profesor titular de la Universidad Pontificia Bolivariana; vicepresidente de la Academia Colombiana de Historia Eclesiástica; académico correspondiente de la Academia Antioqueña de Historia y miembro de número de la Sociedad Bolivariana de Antioquia.



1. Origen de la solemnidad de la Navidad.

En el origen de la fiesta de la Navidad, encontramos la coincidencia del 25 de diciembre con la fiesta pagana del *Natalis solis invictus*⁷¹⁷², instituida el año 275 por el emperador Aureliano en el solsticio de invierno, lo que ha hecho pensar que el cristianismo habría querido contrarrestar la fiesta pagana, proponiendo la celebración del nacimiento de Cristo, el verdadero sol de justicia (*cf.* Malaquías 4,2, Lucas 1,78).

También se pensó que se proyectaba nueve meses después de la fecha que se estableció para la Encarnación del Señor, el 25 de marzo, muy cercana a la fecha de la muerte de Jesús, que se celebra el viernes santo, en abril casi siempre. La fecha del 25 de diciembre se habría fijado, por tanto, en base al 25 de marzo, fecha estimada de la muerte.

Una tercera hipótesis se apoya en el objeto de la fiesta según las homilías patrísticas, especialmente las de san León Magno (440-461), el testigo sin duda más cualificado acerca del sentido originario de la Navidad en la liturgia romana, cuyas predicaciones sobre esta solemnidad aún se leen en la Liturgia de la Iglesia. Pero la difusión de la fiesta de la Navidad buscaba que se pudiera afirmar la fe en el mundo pagano, pues, de hecho, a finales del siglo IV la Navidad se celebraba ya en el norte de África (a. 360), en España (a. 384), Constantinopla (a. 380), Antioquía (a. 386), y Capadocia.

La modalidad de la celebración estuvo marcada por la combinación de distintos elementos y tradiciones, entre los que fueron insertándose algunas expresiones de culturas tan diversas como la celta y las tradiciones orientales.

71. Puede verse el texto en Pascher, J. *El año litúrgico*. Madrid: BAC 247; 1965.

72. Jounel, P. "Los calendarios", en Martimort, 1012-1013 C 22 Adviento Navidad y Epifanía 251.

El objeto de la fiesta es fundamental. Jesús nace en Belén. El nacimiento del que se constituye referente de la historia de la humanidad implicó la mirada de los datos que se tienen para este momento de la historia universal.

Los Evangelios nos dan una ubicación cronológica en torno a dos tradiciones o realidades históricas que son: la historia universal, que propone el nacimiento de Jesús en torno al imperio de Octavio Augusto, enmarcándolo en una serie de sucesos que se “cantan” en la noche de Navidad: “en la centésima nonagésima cuarta Olimpiada; en el año setecientos cincuenta y dos desde la fundación de Roma; en el año cuadragésimo segundo del imperio del César Octaviano Augusto”⁷³

El segundo orden de sucesos que le sirven de marco corresponde a los de la Historia de Israel:

*Habiendo transcurrido innumerables años desde la creación del mundo, cuando en el principio Dios creó el cielo y la tierra y formó al hombre a su imagen; pasados siglos y siglos desde que, tras el diluvio, el Altísimo puso en las nubes su arco como signo de alianza y paz; en el siglo veintiuno desde que Abraham, nuestro padre en la fe, salió de Ur de los Caldeos; transcurridos trece siglos desde que el Pueblo de Israel fue guiado por Moisés para salir de Egipto; cerca del año mil desde que David fue ungido rey, en la sexagésima quinta semana de la profecía de Daniel.*⁷⁴

73. Liturgia Romana, Martirologio Romano: *Kalenda Nativitatis: Olympiade centesima nonagesima quarta; ab Urbe condita anno septingentesimo quinquagesimo secundo; anno imperii Cæsaris Octaviani Augusti quadragésimo secundo.*

74. *Ibidem. Innumeris transactis sæculis a creatione mundi, quando in principio Deus creavit cælum et terram et hominem formavit ad imaginem suam; permultis etiam sæculis, ex quo post diluviũ Altissimus in nubibus arcum posuerat, signum fæderis et pacis; a migratione Abrahæ, patris nostri in fide, de Ur Chaldæorum sæculo vigesimo primo; ab egressu populi Israël de Ægypto, Moyse duce, sæculo decimo tertio; ab unctione David in regem, anno circiter millesimo; hebdomada sexagesima quinta, iuxta Danielis prophetiam.*

La tradición de la celebración de la Navidad entre nosotros

Primeras celebraciones: En el siglo IV y V

En 529, el emperador Justiniano la declara oficialmente festividad del Imperio Romano, y con ello la fecha queda definida, aunque permanece la discrepancia con la Iglesia Oriental, que celebra la Natividad unida a la fiesta de la Epifanía.

Se desarrollaron todos los elementos literarios de la celebración: el canto gregoriano, los signos externos y el pesebre (cabe anotar que es preciso superar el mito que dice que san Francisco inventó el Pesebre, pues ya existía en muchísimos ejemplos, esculturas, pinturas, mosaicos), con sus personajes claves.

Edad Media

La vida monástica fue incorporando elementos populares y signos culturales a medida que los monjes misioneros trataban de cristianizar las tribus nórdicas y las de la región más central de Europa. De estos tiempos nos vienen el árbol de la luz o árbol de la Navidad, la corona de adviento en su primera versión, la pintura, escultura y desarrollo de las imágenes que luego se integran en el Pesebre, sobre todo cuando va desarrollándose un culto singular a las reliquias que se depositaron en la Basílica de Santa María la Mayor, en Roma.

La influencia de la reconquista de la Tierra Santa resucitó la devoción por la Navidad, por las figuras que se salvaron en la Basílica de la Natividad, y también con la llegada de tradiciones orientales, se difundieron, sobre todo en Rávena y en Venecia, muchos de los iconos navideños.

Son importantes algunas expresiones que surgieron avanzada la Edad Media, como la difusión de los romances, cánticos, villancicos, las canciones de los trovadores y las famosas cántigas de Alfonso X con temas navideños.

En este tiempo se difunde la tradición de la representación dramática de la Navidad que empezó San Francisco de Asís en Greccio.

Renacimiento

La refacción de la Basílica de Santa María la Mayor coincide con la conquista de América; por esta razón se llenó de esplendor con el oro de América.

Las artes del Renacimiento se manifestaron especialmente en las artes plásticas, con numerosos ejemplos. También la música con sus obras, entre las que se destaca de manera definitiva y sublime el canto coral, la polifonía y demás manifestaciones poéticas.

No puede olvidarse el Siglo de Oro de la Literatura española (y por qué no de la literatura francesa), con las obras de algunos místicos y maestros de la vida espiritual.

En América

La primera Navidad en América fue el 25 de diciembre de 1542, justamente en el fuerte que Cristóbal Colón llamó “la Navidad”, en la Isla La Española.

En nuestra tierra debe pensarse en un largo proceso de celebraciones navideñas que se inician con la conquista de nuestra tierra.

Los capellanes celebraron indudablemente estas fechas, y fueron introduciendo los ejemplares más antiguos de los Nacimientos y representaciones de la Navidad, traídos generalmente de Sevilla.

Dentro del proceso de la evangelización se desarrolla la llamada religiosidad criolla. Esta expresión quiere denominar la manera de asumir los conceptos y doctrinas religiosas y las formas que esa aceptación de las enseñanzas adquiere entre nosotros.

Las culturas precedentes tuvieron en altísima estima la experiencia cultural. Todos conocemos, desde México hasta el sur de América, una serie de expresiones religiosas de extraordinario valor, no del todo suprimidas por el afán colonizador. Lo cristiano, en su esencia, genera una actitud de dependencia hacia lo divino, una actitud en la que es muy importante el significado de la Providencia divina en la vida de las personas. La misma expresión de los detalles de la humanidad de Cristo, su infancia, su muerte cruel, la figura de la Madre de Jesús, se fundió con muchas expresiones religiosas y se convirtieron, incluso, en la expresión de realidades muy humanas vividas en la Colonia.

Entre esas expresiones está el culto a la maternidad, por lo que la figura de una madre, la Virgen, con un Niño, Jesús, debió impactar a nuestros antepasados y fue el vínculo que “acopló” el relato evangélico a las expresiones artísticas del arte criollo.

Estas expresiones se integraron de una manera muy singular con los elementos de la religión nueva. Incluso el mestizaje religioso fue menos complejo que otras realidades, porque muchos elementos se unieron, y se dieron no pocos sincretismos religiosos.

El espíritu festivo de la unión de las culturas, el aprecio por la memoria y la tradición, configuran una religiosidad emotiva y expresiva, apasionada y dramática, efusiva y dinámica.

Lo cristiano lo marca todo: Las fiestas, las memorias, las celebraciones, el calendario mismo, la cronología, las denominaciones. De ello son prueba los nombres de los pueblos, las referencias bíblicas, profusas y constantes; la voluntad de dramatizarlo todo según el esquema de los relatos bíblicos, la teatralidad de las fiestas, la significación de lo simbólico... todo genera un conjunto de expresiones singulares.

Entre las celebraciones de la fe se destaca la Navidad del Señor, con su carga emotiva y su significado intensamente humano, evidente en la preparación y acogida del Niño, que en su pobreza refleja como ninguno la realidad de muchas personas.

También debemos reconocer la influencia decisiva de los elementos culturales que llegaron del África y los signos que, por fortuna, prevalecen, sobre todo en las culturas del Pacífico, como los arrullos y los alabaos.

De las culturas nativas nos quedan vestigios muy singulares, especialmente en la alimentación.

Antioquia

Si nos toca hacer la historia de la Navidad entre nosotros, no podemos olvidar que algo se debió celebrar en Urabá, que poco a poco se fueron difundiendo las tradiciones sevillanas, castellanas y asturianas de nuestros ancestros, que desde 1513 en Santa María del Darién había obispo y clero, que en Antioquia se fueron desarrollando las tradiciones en las regiones del Bajo Cauca, con sus tonos propios, que la región de Oriente acogió la tradición más castellana y asturiana, que en la Villa de la Candelaria se vivió una especie de sincrética mezcla de culturas en la que hay trazas de todas las expresiones.

El Pesebre es acogido con imaginaria procedente de España, primero, y luego con las producciones de Cuzco y Quito, de lo que se conservan ejemplos en el museo de la Catedral Metropolitana.

Una fuerza muy especial adquiere la Navidad con la llegada de los franciscanos, a principios del siglo XIX.

La Novena de Aguinaldos llega a Medellín con la llegada de los franciscanos, en 1804. La adición de los *gozos*, que son una excelente adaptación de las *Antifonas de Vísperas* de los días que preceden a la Navidad, llamadas comúnmente “de la O” por la primera expresión que allí se contiene, se hace común en Medellín con la llegada de las madres de la Enseñanza, porque la madre María Ignacia Samper vino a Medellín en 1899 con el grupo de madres fundadoras e incluso residió aquí un tiempo mientras se organizó la Fundación.

La madre María Ignacia era excelente cronista, e incluso en la historia de la Compañía de María existe una narración en verso de la fundación, compuesta por ella.

A la práctica de la Novena se suma la influencia musical de los padres claretianos, que editaron incluso un folleto con los villancicos y los tonos para cantar los *Gozos* hacia 1940.

En la literatura antioqueña el gran genio que nos puede reconstruir la historia de la Navidad es Don Tomás Carrasquilla.

La popularidad de la Novena de Navidad se remonta a los tiempos coloniales, en los que se rezaba con el texto del Padre Larrea en Antioquia. Hay indicios de ella en las Obras de Tomás Carrasquilla, donde se menciona en “Por Jesús recién nacido” y en “El Rifle”; también hay alusiones en “La Marquesa de Yolombó” y en “Hace tiempos”, como una práctica común.

Entre sus obras hay unas muy especiales, con ese acento navideño; por ejemplo, el texto llamado “Dimitas Arias”, tan elocuente, tan hermosamente presentado como un retablo navideño lleno de belleza y bondad. Por ello quiero citarlo:

Se acercaba la gran festividad del orbe cristiano, la fiesta por excelencia de los hogares antioqueños: aquella que, con su idílica sencillez y santa poesía, obliga a la familia a congregarse, atrae a los miembros ausentes, hace pagar el tributo de lágrimas a los muertos queridos y cultiva los afectos más puros del corazón. Ni en la casa más pobre de estas montañas deja de celebrarse. En nuestras aldeas, los mendigos imploran, no ya el bocado de pan, sino la moneda para hacer en su choza los platos obligados de nochebuena. Y es que nuestro pueblo no ve en esta festividad una costumbre tradicional y religiosa únicamente, que ve un deber ineludible de cristiano: en el fogón donde no se hace la “nochebuena” se revuelca el Diablo, y toda la casa queda contaminada.

En la de Don Juan Herrera había comenzado el brete desde la antevíspera. Aquella cocina era un embolismo, un caos de cedazos y coladores, de pailas y de cazuelas, de trastos y de cacharros

de toda especie. Las señoras de la casa se multiplican: cuelan, ciernen, amasan, baten. Aquí chirrían los buñuelos; allá revienta la natilla; acullá se cuaja el manjar blanco. Corre el bolillo sobre la pasta de hojuelas; el mecedor no cesa entre el hirviente oleaje; forma copos de espuma la superficie del almibar; en esta piedra muelen la yuca y la arracacha; en aquélla, la canela y la nuez moscada; en artesas y platonos blanquean los quesitos y las cuajadas; campan la manteca y la mantequilla en hojas y cacerolas; saltan los huevos en cascadas amarillas. Se sofoca ésta desmenuzando, atiza aquélla por todas partes; unas mandan, otras piden.

Los chicos todo lo husmean, todo lo tocan, de todo se antojan, de todo comen. Cuál se ofrece para traer los azahares, cuál para soplar la forja, cuál para acarrear la vajilla.

Los grandes entran, indagan, salen, tornan a entrar, tornan a salir, y, ahora buñuelo, luego raspado, cuando llega la hora del banquete está toda aquella gente más para agüitas de apio que para manjares⁷⁵.

Y luego el Pesebre que en dicha obra se describe:

¡Nunca en el pueblo se vio prodigio como aquél! Ocupa todo el testero de los santos. La puerta del cuarto de señá Vicenta quedó casi cegada, con sólo una abertura por donde la viejecita podía pasar de lado raspándose y magullándose.

Hasta el vértice de aquella pajiza techumbre llegan las guadas que se cruzan en arcos ojivales; más abajo se entrelazan los chusques, formando tupida, erizada bóveda de verdura; cuelgan de las vigas racimos dorados de plátano guineo, gajos descomunales y artificiosos de naranjas y enormes ramos de espigas rojas de cardo y de flor de uvito; ringleras de palomas de cuerpo de cera negra y de cola y alas de papel plegado en forma de abanico medio abierto, se mecen al extremo de hebras sutiles; la naranjuela, ese recurso decorativo de tierra fría, se columpia en gargantillas desde las vigas, pende en festones por las paredes, se apiña en mazorcas

75. Carrasquilla, Tomás. *Dimitas Arias*. En: *Obras completas*. Tomo I. Medellín: Bédout; 1958, p. 541.

sobre la tabla de los santos, y en todas partes alegre con su púrpura y su tersura metálica; decora el nicho de mi padre San Roque grandioso arco de género blanco, abullonado en bombas regulares, separadas por lazadas de madejas de lana de los colores más escandalosos; la Virgen de la Balvanera, la de la Cueva, todos los santos, quedan sepultados bajo el tapiz espeso de colchón de pobre y colchón de rico, y sobre él resalta ostentoso un zodiaco de amarillas flores de muerto.

Bajo este solio, un terruño antioqueño de asperezas, de escarpas prodigiosas. En la cumbre de un picacho se yergue, cual, si fuera la apoteosis de nuestra democracia, una negra gigantesca de cera con tamaña batea de buñuelos en la cabeza.

Búrlase con olímpica sonrisa de una ciudad liliputiense que le queda al frente, en el borde de vertiginoso precipicio: es Belén de Judá.

Sus magníficos palacios de cartón recortado, sus grandiosas basílicas de tabla de pino se le antojan monumentos levantados al monstruo de la tiranía y al mito tenebroso del fanatismo. Por las gargantas, por los desfiladeros, por las hondonadas se apelmaza el capote color de rosa, el de verdor pálido; los líquenes blancos que semejan esponjas, los mechones de musgo oscuro y afelpado, la oreja y la barba de palo. Plumajes de guacamaya y de cardenal, de toche y de gallos de monte alfombran los ribazos y se tornasolan en las pendientes.

En la base frontal de la obra de Cleto Villa y de Perjuicia se entretajan helechos, cardos, parásitas y todos los prodigios de nuestras selvas. En el centro, el sanctasantórum: un sudadero de junco por techumbre; por columnas, dos popos forrados en el mismo papel que tapiza la sala de Don Juan; a lado y lado, como guardianes del recinto, sendos reyes de espadas recortados primorosamente por la fina tijera de Perjuicia; detrás de ellos, dos caracoles marinos, ornato de las mesas de misiá Nicolasa; un pañuelo de seda verde vela el misterio. En candeleros de barro dispersos acá y allá; en alcayatas clavadas a las paredes, en tres arañones de palo que cuelgan de las vigas, arde como una gloria todo el sebo que labró Encarnación.

Y, como cima de todo aquello, la bellísima escena final de la historia:

A poco principiaron la novena. Mucho hubiera gozado el Maestro con la leyenda de Perjuicia: aquel tono gemebundo y atragantado, las voces disparatadas, el irrespeto a los signos de puntuación, hacían de aquella novena, leída con tanto fervor, una de esas plegarias que suben al cielo “en olor de suavidad”. ¿Le concedería Dios lo que pedía? Tal vez sí: cuando, al acabar una jornada, hizo pausa, oyó, y lo oyeron todos, que El Tullido roncaba: dormía tan poco últimamente, que esto le auguraba mucho bueno a la peticionaria.

A poco de haber terminado la novena, declaró Cleto que iban a ser las doce —las doce de aquella noche en que florece en la tierra la yerbabuena y se postra la Virgen de rodillas en el cielo—, y todos se prosternaron a rezar el Gloria in excelsis Deo, leído por Perjuicia en el Eucologio Romano; luego, por medio de una jaculatoria que allí mismo improvisó, formuló ella su petición, y todos guardaron silencio para hacerla.

Aún no se han levantado los fieles, cuando el velo verde se descorre, y el Niño Jesús, en traje episcopal, con el mundo en la diestra y un platico de natilla en la siniestra, aparece, esplendente, glorioso, sobre el disco inflamado del sol. Edison del grande invento fue Cleto Villa: un papel engrasado y detrás una candelaja. Hubo un paréntesis de jolgorio admirativo; siguió luego el rosario, y lentamente fueron retirándose los concurrentes. Sólo han quedado los Perjuicios, Cleto Villa y uno que otro admirador. Apagada la luminaria, se acerca Perjuicia al Tullido y le dice con ese tono infantil y chancero con que trataba a todos los pobres y desgraciados:

—Ole, Tullidito, ¿quiere que comamos nochebuena?

—No lo molestés —le dice su marido—, déjalo dormir en sana paz. Sentáronse todos a desacalorarse para la salida, y El Tullido, con el habla tartajosa, medio borrada, de los dormidos, murmuró:

—“Ven, mi Niño amado. Ven, no tardes tanto”.

*—... ¡cito! —exclama la seña Vicenta— le está rezando a su
Dimitas...*

*A la madrugada siguiente, cuando la anciana fue a llevarle el de-
sayuno, lo encontró muerto, abrazado a la mazorca.*

Hoy, a ocho días de la Fiesta Solemne, la confusión de culturas y tradiciones inundó nuestra Navidad de cosas extrañas y hasta opuestas.

La Navidad será siempre una fiesta de Pueblo, del Pueblo y en el Pueblo. Es el eterno retorno al misterio de la vida, es la constante vuelta al origen, que, aunque muy salpicada de cosas extrañas, nos devuelve la ilusión de convivir y compartir la vida con el único Dios que puede abrazarse, con el único Dios al que se le puede decir: *Vida de mi vida, mi dueño adorado.*

